



Seiscientos hombres, una reina del porno y un récord mundial que hará historia.

Cassie Wright, legendaria actriz porno, decide culminar su carrera batiendo el récord mundial de sexo en grupo al estar con seiscientos hombres y filmarlo. Todos desconocen que la actriz tiene la intención de morir durante la grabación y así desanimar a aquellas que quieran batir su marca. Esta novela incendiaria se basa en todo lo que dicen, piensan y hacen los señores 72, 137 y 600, que esperan su turno en una habitación.

DUQUESA: Los diamantes son más valiosos, dicen, cuando han pasado por las manos de muchos joyeros.

FERDINAND: Las putas, por esa regla, son valiosísimas.

JOHN WEBSTER,
La duquesa de Malfi

1

EL SEÑOR 600

Hay un tipo que lleva toda la tarde junto al buffet sin más ropa que unos calzoncillos largos, lamiendo el polvillo naranja de las patatas fritas a la barbacoa. A su lado hay otro tipo que se dedica a mojar una patata en la salsa de cebolla y a lamer la salsa de la patata. La misma patata empapada, mojándola una y otra vez. La gente tiene un millón de maneras de mear en lo que ellos aseguran que es su casa.

En materia de catering, estamos hablando de dos mesas plegables atiborradas de bolsas abiertas de nachos de supermercado y latas de refrescos. Y todo el tiempo van llamando a los tipos para que entren a hacer su parte: la coordinadora anuncia sus números y esos actores se dirigen tranquilamente a correrse ante la cámara sin dejar de masticar palomitas al caramelo, con los dedos escociéndoles por la sal al ajo y pegajosos del glaseado de los bollos al jarabe de arce.

Para algunos tipos es la primera vez que hacen esto, y han venido solo para poder decir que estuvieron aquí. Los veteranos estamos aquí para dejarnos ver y también para hacerle un favor a Cassie. Ayudarla con una polla más para que alcance su récord mundial. Para ser testigos de la historia.

En el buffet han colocado tupperwares llenos de condones al lado de tupperwares llenos de minipretzels. Chocola-

tinias en miniatura. Cacahuets asados con miel. En el suelo, envoltorios de plástico de chocolatinas y de condones, abiertos a mordiscos y masticados. Las mismas manos que cogen Lacasitos de la bolsa se meten por las braguetas y los elásticos de los calzoncillos para acariciarse las pollas medio erectas. Dedos teñidos de caramelo. Erecciones con fuerte olor a salsa de barbacoa.

Aliento a cacahuete. Aliento a zarzaparrilla. Aliento a patatas fritas a la barbacoa que los jadeos llevan hasta la cara de Cassie.

Adictos a las metanfetaminas que se rascan los brazos hasta tenerlos rojos. Vírgenes de instituto de secundaria que quieren dejar de serlo delante de la cámara. Hay un chaval, el señor 72, que está esperando ser desflorado y pasar a la historia en el mismo plano.

Tipos flacos que se dejan la camiseta puesta, unas camisetas más antiguas que algunos de los actores que están aquí, enviadas hace una vida entera para el lanzamiento de *Sexo en Nueva York*. Camisetas de clubes de fans de la época en que Cassie fue protagonista de *Horizontes marranos*. Camisetas más viejas que el señor 72, serigrafadas antes de que él naciera.

Tipos gritones que hablan por el móvil, que hablan de acciones de bolsa y de oportunidades de inversión mientras se pellizcan y se ordeñan los prepucios. A todos los actores la coordinadora les ha escrito con rotulador permanente en el bíceps un número entre el uno y el seiscientos. Sus cortes de pelo, un monumento al fijador y la paciencia. Bronceados y nubes de colonia.

La sala llena de sillas plegables de metal. Para subir los ánimos, revistas guarras manoseadas.

La coordinadora de actores es una chati, Sheila, que lleva un portapapeles en la mano y que ahora llama a gritos al número 16, al número 31 y al número 211 para que la sigan por la escalera que lleva al set.

Tipos que llevan zapatillas de tenis. Mocasines de cordones. Calzoncillos de slip. Zapatos de vestir con calcetines azul marino hasta la espinilla sujetos con esas ligas anticuadas. Chanquetas de playa todavía cubiertas de arena que hace que crujan a cada paso.

Aquel viejo chiste: para conseguir que una chati actúe en una peli guarra le tienes que ofrecer un millón de dólares. Para que actúe un tío lo único que tienes que hacer es pedírselo... Pues no es realmente un chiste. Por lo menos no de los de reírse.

Con la excepción quizá de los que somos habituales en esta industria, la mayoría de estos don nadie ha visto el anuncio que había en la contraportada de la revista *Adult Video News*. Una convocatoria abierta de casting. Tener la polla dura y un informe médico que demuestre que estás sano, eso era la audición. Eso, y el hecho de que no se está rodando porno infantil, o sea que hay que tener dieciocho años.

Tenemos pollas afeitadas y vello púbico depilado a la cera, en la misma fila que un equipo de softball con síndrome de Down.

Tíos asiáticos, negros e hispanos. Un tío en silla de ruedas. Representantes de cada segmento del mercado.

El chaval, el número 72, lleva en la mano un ramo de rosas blancas que ya se están empezando a poner mustias y caídas, con los pétalos flácidos y un poco marrones. El chaval tiene una mano extendida y algo escrito a bolígrafo azul en el dorso de la misma. Mirándolo, el chaval dice:

—«No quiero nada, pero siempre te he amado»...

Otros tipos llevan paquetes envueltos para regalo con lazos voluminosos y cintas que arrastran por el suelo, cajitas lo bastante pequeñas para caber en una mano, casi escondidas en la mano cerrada.

Los actores veteranos llevan batines de satén, batines de boxeador con cinturón de tela, mientras esperan a que los llamen. Actores porno profesionales. La mitad de ellos

incluso han salido en algún momento con Cassie, han hablado de matrimonio con ella, convirtiéndose en los Lunt, en los Desi y Lucy de la industria del porno.

No hay un actor en este rodaje que no ame a Cassie Wright y que no quiera ayudarla a hacer historia.

Otros tipos no se han follado nunca nada que no sea su mano, y sin ver otra cosa que vídeos de Cassie Wright. Para ellos, es una especie de fidelidad. Un matrimonio. Para esos tíos, con sus regalitos en la mano, hoy viene a ser su luna de miel. Su consumación.

Hoy es la última actuación de ella. Lo contrario del viaje de una doncella. En el piso de arriba, para todo el mundo que llegue después del tío número cincuenta, Cassie Wright parecerá un cráter abierto por un misil y engrasado con vaselina. Carne y sangre, pero como si algo le hubiera explotado dentro.

Mirándonos, nunca dirías que estamos haciendo historia. El récord que no se superará nunca.

La coordinadora de actores va con ellos y les dice, levantando la voz:

—Caballeros. —La tal Sheila se empuja las gafas nariz arriba y dice—: Cuando los llame, tendrán que estar listos para cámara.

Con eso quiere decir completamente erectos. Listos para el condón.

Lo que más se parece a la sensación que produce el día de hoy es cuando te limpias de atrás hacia delante. Estás sentado en el retrete. No piensas y te manchas de mierda la parte de atrás de la piel colgante y arrugada de las pelotas. Y cuanto más tratas de limpiarlo, la piel se estira y todo se enguarra cada vez más. La fina capa de mierda se extiende por el pelo y muslos abajo. Esa es la sensación de un día como hoy, la que produce guardar el secreto.

Seiscientos tíos. Una reina del porno. Un record mundial para la posteridad. Una película indispensable para cualquier coleccionista de material erótico que se precie.

Ninguno de nosotros se propuso nunca hacer una película snuff.

2

EL SEÑOR 72

Ha sido una memez de plan lo de traer rosas. Qué sé yo. Nada más entrar por la puerta te dan una bolsa de supermercado de papel marrón con un número escrito en un lado, un número entre uno y seiscientos. Te dicen: «Mete tu ropa dentro, chaval». Luego te dan una pinza de la ropa de madera con el mismo número escrito a rotulador negro. Y te dicen: «Sujétatela a los calzoncillos. No la pierdas, o no recuperarás tus cosas». La chica del equipo de rodaje lleva un cronómetro colgando de un cordel sobre el pecho, donde debe de tener el corazón.

Pegado con cinta adhesiva a la pared de detrás de la mesa donde te desnudas tienen un letrero escrito con el mismo rotulador negro, sobre papel marrón. El letrero pone que la productora no se responsabiliza de los objetos de valor de nadie.

Otro letrero que tienen dice: «No se permiten máscaras».

En algunas bolsas los tipos meten sus zapatos con los calcetines hechos una bola dentro. El cinturón bien enrollado y embutido dentro del zapato. Los pantalones doblados, con los pliegues alineados, y colocados encima de los zapatos. Las camisas sujetas bajo la barbilla mientras hacen coincidir las mangas y doblan el cuello y los faldones para que queden cuantas menos arrugas mejor. La corbata enro-

llada y guardada en un bolsillo de la chaqueta del traje. Los tipos que llevan ropa buena.

Otros tipos se quitan los vaqueros o los pantalones de chándal, dejándolos hechos una bola y del revés. Luego las camisetas o las sudaderas. A continuación se quitan la ropa interior sudada y la meten en las bolsas y por fin tiran encima de todo las zapatillas de tenis apestosas.

Después de desnudarte, la chica del cronómetro te coge la bolsa de ropa y la deja en el suelo, junto a la pared de cemento.

Todo el mundo está de pie en calzoncillos, haciendo malabarismos con las carteras, las llaves del coche, los móviles y qué sé yo.

Y yo con un ramo de rosas en la mano, marchitándose y todo, más trastos con los que hacer malabarismos; ha sido una estupidez total.

Mientras yo me dedico a desvestirme, desabotonándome la camisa, y ella se dedica a repartir bolsas de papel, la chica del cronómetro me señala el pecho y dice:

—¿Tienes intención de llevar eso ante la cámara?

En la mano tiene una bolsa marcada con el número «72». La pinza de la ropa sujeta a un asa de papel. Mi número. La chica del cronómetro me señala el pecho con el dedo índice y dice:

—Eso.

Hundiendo la barbilla, bajo la vista hasta que me duele, pero lo único que veo es el crucifijo que llevo colgado del cuello con una cadenilla de oro.

Le pregunto si hay algún problema con eso. Con llevar crucifijo.

Y la chica extiende el brazo con la pinza en la mano, abriéndola. Intenta pillarme el pezón con ella, pero yo me aparto. Y me dice:

—Llevamos mucho tiempo haciendo esto. —Dice—: Reconocemos enseguida a los mea-biblias como tú.

A juzgar por su cara, podría ser una alumna de secundaria, más o menos de mi edad.

La chica del cronómetro me cuenta que la actriz Candy Apples, cuando batió su récord de setecientos veintiún actos sexuales, lo hizo usando el mismo grupo de cincuenta hombres para la producción entera. Fue en 1996, y Candy solo se detuvo porque la policía de Los Ángeles hizo una redada en el estudio y clausuró la producción.

—Créetelo —dice ella.

Cuando Annabel Chong estableció su récord anterior, dice la chica del cronómetro, realizando doscientos cincuenta y un actos sexuales, después de que se presentaran ochenta hombres a la convocatoria, el sesenta y seis por ciento de los mismos no pudo poner la polla lo bastante dura para hacer su trabajo.

En ese mismo año, 1996, Jasmine Saint Claire rompió el récord de Chong con trescientos actos sexuales en una sola toma. Spantaneous Xtasy rompió el récord con quinientos cincuenta y uno. En el año 2000, la actriz Sabrina Johnson aceptó el reto de dos mil hombres, y estuvo follando hasta quedar tan dolorida que el equipo le tuvo que poner hielo entre las piernas y ella se la tuvo que chupar al resto del reparto. Después de que le empezaran a devolver los cheques de sus royalties, Johnson hizo pública la noticia de que su récord era falso. Como máximo había llevado a cabo quinientos actos, y a la convocatoria de casting no habían contestado dos mil hombres, sino únicamente treinta y nueve.

La chica del cronómetro señala el crucifijo y dice:

—Aquí no intentes salvar el alma de nadie.

El tipo que va detrás de mí en la fila se quita una camiseta negra y deja al descubierto cabeza, brazos y pecho del mismo color bronceado. Un aro emite un destello dorado, colgando de uno de sus pezones. Los pelos del pecho al ras, cada pelito cortado a la misma longitud de barba de dos días. Me mira y me dice:

—Eh, colega... —Dice—: No le salves el alma antes de que me llamen a mí para mi primer plano, ¿de acuerdo?

Y me hace un guiño lo bastante grande como para que se le arrugue la mitad de la cara alrededor de un ojo. Sus pestañas son lo bastante grandes como para levantar brisa.

De cerca se ve que se ha aplicado una capa de colorete en la frente y las mejillas. Tres colores de polvo marrón alrededor de los ojos, remetido en las pequeñas arrugas de esa zona. Sujeto debajo del brazo, entre el codo y las costillas bronceadas, el tipo lleva un fardo de color blanco, tal vez más ropa.

Al otro lado de la mesa, la chica del cronómetro gira la cabeza para mirar a un lado y luego al otro. Se mete una mano en el bolsillo delantero de los vaqueros azules y me pregunta:

—Eh, predicador, ¿quieres comprar un seguro?

La chica saca un frasquito, del mismo diámetro que un tubo de ensayo pero más corto. Agita el frasco para hacer que las pastillas azules que hay dentro repiqueteen.

—Diez pavos cada una —dice, y agita las pastillas azules junto a su cara—. No seas parte de ese sesenta y seis por ciento.

Al tipo maquillado, la chica del cronómetro le entrega una bolsa con el número «137» y le dice:

—¿Quieres que metamos el peluche en la bolsa? Señala con la cabeza el fardo blanco que el tipo lleva debajo del brazo.

El número 137 se saca el fardo de tela blanca de debajo del brazo y dice:

—El señor Totó no es nada tan prosaico como un peluche... —Dice—: El señor Totó es un cazador de autógrafos. —Le da un beso y dice—: No te creerías lo viejo que es.

El peluche está hecho de lona blanca, tiene cuerpo alargado de perro salchicha y cuatro patas cortas de lona blanca que sobresalen hacia abajo. Cosida en la parte superior, una cabeza de perro con botones negros que hacen de

ojos y orejas blandas de lona. Garabateadas por toda la lona blanca hay inscripciones, escritas a mano con rotuladores negros, rojos y azules. Algunas en caligrafía con filigrana, otras en mayúsculas. Algunas con fechas. Números. Día, mes y año. Allí donde ha recibido besos, el perro muestra huellas rojas de pintalabios.

El tipo sostiene el perro con la parte de dentro del brazo, igual que la gente sostiene a un bebé. Y con la otra mano señala las inscripciones. Firmas. Autógrafos. Carol Channing, nos enseña. Bette Midler. Debbie Reynolds. Carole Baker. Tina Turner.

—El señor Totó —dice— es mayor de lo que yo nunca admitiría ser.

Todavía sosteniendo el frasco de pastillas azules, la chica del cronómetro dice:

—¿Quiere que la señorita Wright le firme un autógrafo en el perro?

Cassie Wright, nos cuenta el tipo, es su actriz porno favorita de todos los tiempos.

El número 137 nos dice que Cassie Wright se pasó seis meses siguiendo a todas partes a un endocrinólogo, aprendiendo sus obligaciones, estudiando su comportamiento y su lenguaje corporal, antes de interpretar a una médico en la revolucionaria película para adultos *Urgencias anal y en pelotón*. Que Cassie Wright se pasó seis meses haciendo investigación, escribiendo a los supervivientes y estudiando documentos judiciales, antes de poner un pie en el set de la mega-epopeya porno *Titanic anal y en pelotón*. En su única línea de diálogo, el momento en que Cassie Wright dice «Este barco no es lo único que se va a inundar esta noche...», su acento de la costa oeste de Irlanda es perfecto, y expresa con precisión cómo de salvaje debió de ser el sexo en grupo en la cabina de tercera clase durante los momentos finales del peor desastre marítimo de la humanidad.

—En *Urgencias* —nos dice—, en la escena lésbica con las dos ayudantes de laboratorio buenorras, es obvio que Cassie Wright es la única actriz que conoce la manera correcta de manipular un espejulo.

Los críticos, dice el número 137, se entusiasmaron con razón con su interpretación de Mary Todd Lincoln en la epopeya sobre la Guerra Civil *Teatro Ford anal y en pelotón*. Más tarde reeditada como *Palco privado*. Más tarde reeditada como *Palco presidencial*. El número 137 nos cuenta que en la escena en que a Cassie Wright se la cepillan a dúo John Wilkes Booth y «Honest Abe» Lincoln, gracias a la investigación que había hecho, Cassie realmente consigue que la historia americana cobre vida.

Sin dejar de abrazar a su perro de lona, con sus botones negros de ojos pegados al aro dorado del pezón, el tipo dice:

—¿Cuánto valen tus pastillas?

—Diez pavos —dice la chica del cronómetro.

—No —dice el tipo. Se vuelve a meter el perro debajo del brazo y se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón. Saca su billetera, coge con los dedos veinte dólares, cuarenta, cien, y dice—: Quería decir cuánto vale el frasco entero.

La chica del cronómetro dice:

—Acércate para que pueda escribirte el número en el brazo.

Y el tipo 137 me hace otro guiño, con su ojo enorme embutido entre polvos marrones, y dice:

—Tú has traído rosas. —Dice—: Pero qué dulce.

3

EL SEÑOR 137

¿Sabes esos días en el gimnasio en que estás levantando seis pesas en el banco de musculación, o bien levantando tu peso corporal en la barra olímpica con un solo brazo, y al hacer un repertorio de ejercicios vas a cien mil por hora, cascando series mixtas de máquinas de remar con barras de hombros, machacando repertorios y series tan deprisa como puedes alinear las pesas, pero luego, en la serie siguiente, estás hecho polvo? Agotado. Cada pesa o disco te cuesta más esfuerzo. En lugar de arrasar con todo, estás contando, sudando. Jadeando.

No es un bajón de azúcar. ¿No sabes qué es? El gran cambio se debe a que algún ceporro del mostrador de recepción ha quitado la música. Tal vez no estabas escuchando *escuchando*, pero cuando la música para, hacer ejercicio se convierte en un simple trabajo.

Es la misma sensación sombría, esa misma caída de la presión sanguínea, que cuando la música se apaga a las tres de la mañana, a la hora del cierre del ManRod o del Eagle, y tú te quedas ahí plantado, sin haber follado todavía y más solo que la una.

Es el gran bajón que notas cuando estás filmando una película. No hay música de acompañamiento. No hay música ambiental. Al final del pasillo, en esa habitación con Cassie Wright, ni siquiera oyes jazz de peli porno con guitarra